

Entre el río y la roca. Notas para pensar la casa.

Rafael González Sandino

"Si nosotros pudiéramos encontrar también algo puro y durable de sustancia humana, una estrecha faja de tierra fecunda que nos perteneciera, entre el río y la roca".

R.M. Rilke: *Segunda Elegía a Duino*.

Traducción de Ferreiro Alemparte.

En los últimos años el tema de la vivienda ha ido adquiriendo un interés y un protagonismo crecientes. No faltan motivos para pensar que lo que emerge –en la teoría y en la realidad– apenas da noticia de lo que permanece sumergido. Cabe arriesgar la hipótesis de que si el paradigma de la cultura arquitectónica en los años sesenta fue la ciudad y los espacios de la vida pública, el paradigma de la cultura de ahora vendría a ser la vivienda y los espacios de la vida privada.

Relevancia de la vivienda, uso más intenso y complejo de ella y cuestionamiento progresivo de las tipologías y normativas al uso. O de un modo más simple y enérgico: cuestionamiento de la vivienda moderna. Se habla de la "necesidad de redefinir las características" –¿esenciales?– "de la habitación". Prueba del alcance que se atribuye a estas redefiniciones son las propuestas-límite que quieren tomar "al individuo y no al grupo" "al núcleo familiar y no a la familia propiamente dicha"

("que se basa en un orden inestable") como realidades desde las que, sobre todo, conviene pensar la habitación, la vivienda. E incluso –lo que es mucho más– no perder estas referencias a la hora de plantearse las características de una vivienda familiar convencional.¹

El creciente valor de la vivienda en la sociedad actual es producto de un conjunto de causas heterogéneas. En primer término estarían las más obvias y pragmáticas; mayor disponibilidad de tiempo libre y mayor valor atribuido a ese ocio, mejor dotación de la vivienda para llenarlo, para satisfacerlo. Sólo el crecimiento cuantitativo de los medios de comunicación (el merecido aumento de las cadenas televisivas) podría servir de indicación de todo lo que en la vivienda actual contribuye a retenernos. Tiende a aumentar también el trabajo realizado en el domicilio. La oferta de la casa está en una espiral rápida de crecimiento. La calle se vuelve cada día un poco más difícil y costosa. Salir, trasladarse

en la ciudad cuesta cada vez más física, económica y psicológicamente; la ciudad, además, es peligrosa.

Es obvio que el mayor aprecio a la vivienda, a la casa, tiene motivaciones más profundas y complejas. Nos sabemos pertenecientes a una cultura individualista. Hay una estimación y una centración progresivas en todo lo que es y tiene que ver con la vida privada. Y un deprecio, incluso un descrédito, de lo que es o tiene que ver con la vida pública. Tal situación es simultáneamente entendida como un logro –el individualismo aparece como el valor cardinal de la cultura democrática– y un síndrome, quizás el *síndrome cardinal* de la sociedad actual. La sociedad está sana –se dice– cuando la vida pública y el interés por lo público es muy intenso; y está enferma cuando ese interés se desvanece. Las únicas ideologías que hoy conservan operatividad son ideologías de la privacidad de la intimidad.²

La novedad de estas situaciones y planteamientos se evidencia al contrastarlos con los del ciclo histórico inmediatamente precedente. Se recuerda como símbolo la revolución "douce" de los años sesenta en lo que tuvo de síntesis ideal –y hasta utópica– de perspectivas individualistas y socialistas. Socialismo y liberalismo, los dos grandes antagonistas en las tragedias del siglo XIX y de la primera mitad

1. ELEB-VIDAL, M. "Dopo l'esistenz minimun". *Rassegna* nº 35, sep. 1988, pág. 32.

2. BEJAR, H. *El ámbito íntimo. Privacidad individualismo y modernidad*. Madrid, 1988, pág. 187.

del XX, podían pensarse no desde la antítesis sino desde la complementariedad. Los ideales por los que se combatía en la arena pública aludían tanto a la "soberanía individual" como a la "solidaridad". Más que una conquista conceptual o política aquello era, en efecto, "el fin de una era" y anunciaba un "individualismo transpolítico" en el cual "lo político y lo existencial, lo público y lo privado, lo ideológico y lo poético, el combate colectivo y la invitación al goce, la revolución y el humor se mezclaban".³

La decantación, la entrega a los mundos privados estallarían en los ochenta. Teniendo que ver con reestructuraciones "epistemológicas" de extraordinaria relevancia desde entonces.⁴ El cambio es tal que el horizonte antes descrito resulta hoy anacrónico. Y no sólo en la significación leve de anacronismos: ya no de este tiempo, desfasado; sino en esa otra más feroz, "una antigualla".

Estas dos culturas difieren, además de en objetivos, en talentos. Construir el concierto entre lo privado y lo público, entre individuo y sociedad, era en los sesenta una *expectativa deslumbrante*, una tarea que ponía a prueba las potencialidades de la imaginación creadora. Porque suponía mantener abiertas todas las virtualidades esenciales de cada uno de estos mundos (quiere decirse todo lo que el pensamiento contemporáneo había revelado como esencial sobre ellos y de manera particular sobre el universo privado, individual) y buscar a través de formas inéditas de relación –de formas de ciudad– la trascendencia de sus horizontes respectivos.

La centración casi exclusiva en lo privado y el *desarraigo* de lo público no son, para empezar, una expectativa, sino algo que aparece como "dado" en el momento presente y configurándolo. Naturalmente en lo que se refiere a aquel sector de la po-

blación mundial que *dice* la cultura y se atribuye *representarla*. Por tanto de lo que hablamos es de un estado, de una *situación* de la cultura, un hecho que uno encuentra –o con el que uno se encuentra– en los comportamientos y en la sensibilidad actual; en el pragma vital y no sólo en la reflexión.

El desarraigo de lo público nos mueve a construir un mundo casi exclusivamente privado, a construir la vida privada. Pero ¿por qué el desarraigo? ¿qué decimos para justificarlo o tenerlo por necesario? Hablamos de desengaño, impotencia, recelo, temor. Se está impotente ante la complejidad de la sociedad actual, desengañado de la posibilidad de intervenir en su transformación y de orientarla a me-

3. LIPOVETSKY, G. "Changer la vie ou l'irruption de l'individualisme transpolitique". *Pouvoirs* nº 31, oct., 1986, pág. 94.

4. La consideración de las perspectivas que abren las revoluciones "epistemológicas" (la Hermenéutica por ejemplo) puede resultar muy oportuna a la hora de estimar las nuevas potencialidades –al menos intelectuales– con que contamos hoy para afrontar este nuevo individualismo, a imaginar una *societas* posible más allá del ideal de *universitas*. Estoy haciendo referencia expresa a Richard Rorty y a su obra. *La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza*. En consideración a Rorty he debido entrecuillar el término epistemológicas para usarlo en el sentido genérico que tiene, que *no es* el de Rorty.

5. BEJAR, H. *op. cit.* p.p. 195-196. Debo a esta autora, y es de justicia reconocerlo, el haberme familiarizado con unas perspectivas sociológicas –y una bibliografía– que me han sido extraordinariamente útiles para realizar este ensayo.

tas ideales, receloso de ser utilizado, manipulado; temeroso de lo público porque uno se sabe a su merced, desprotegido, inerte; y lo público está lejos de ser inofensivo. Desarraigo, recelo, temor de lo público, de lo social, del "otro". Lo que importa destacar ahora de esta cadena de "negatividades" ya tópicas es que no son *diagnósticos sociológicos*, éticos o morales sobre el presente, sino maneras como el presente es experimentado, vivido. Maneras que se nos han hecho conaturales, espontáneas. Y que afectan a nuestra relación con las macroestructuras sociales y con las microestructuras: la familia por ejemplo. Así estas tensiones las encontraríamos *anidando en el corazón de la casa*, en su interior "cálido y cociente". Si el individualismo ha sido siempre defensivo, este carácter está hipertrofiado. Por lo que a veces parece que se lucha es por la mera supervivencia de los mundos privados.

Lo microscópico entonces como lo macroscópico. Esta es la explicación convencional. Una disfunción de la vida social contamina nuestra relación con el otro. Pero ¿por qué no al revés?

Helena Béjar nos recuerda que el individualismo puede ser un método de explicación que de "*cuenta de comportamientos macroscópicos a partir de estrategias individuales*", "*argumento que legitima instituciones, valores y normas*" y "*descripción que caracteriza un conjunto de fenómenos sociales*".⁵

Difícilmente podríamos ignorarlo después de las revelaciones del Romanticismo. Oponer universalidad a unicidad –y cambiar la jerarquía de paso– significa, a partir del Romanticismo, disponer de un predicado extraordinariamente *oportuno* para caracterizar y *valorar* fenómenos muy distintos. Unicidad como categoría que define la obra de arte o caracteriza la singular-

riedad de la manera de visión-expresión del artista. Y contemporáneamente, para decir lo que es en esencia el individuo. "Ser individual es ser distinto, único". Si una misma categoría se predica de la obra de arte y de la individualidad es casi inevitable que se piensen analogías, casi isomorfismos. Como aquélla tan cara al liberalismo clásico: construcción de la individualidad –autorrealización– como construcción de la obra de arte. Lo que era realmente decir mucho en un pensamiento regido por lo estético.

Y como los individuos las macroestructuras sociales: "las comunidades". Unicidad de las culturas, de los pueblos, de las etnias. O de los estilos artísticos y "lo vernacular". Consecuentemente derecho y deber inalienable de los pueblos –y las épocas– de construir libremente y de diferenciar su propia identidad.

Ahora que la cuestión de las etnias y los pueblos nos hace ir de cabeza, hay una corriente de opinión que se esfuerza en desmontar la argumentación o los dogmas (aquí quedan todavía acorralados dogmas pregnantes) que les sirven de base. Y se insiste en que no hay verdadera tradición teórica sobre el tema, salvo algunas reflexiones de Herder. ¡Cómo si hiciera falta después de este enunciado! Lo que me sorprende es que no se cuestiona simultáneamente la fisonomía del individualismo actual. O lo que es peor –y no poco frecuente– que se defienda éste y se condene aquel. Como si pudieran deslindarse. Porque lo decisivo de estas comunidades es que pueden todavía vivirse como "individualidades", mundos privados en los que es posible arraigar, encontrar cobijo y seguridad. Amparo de los "otros"; amenazantes, hostiles o simplemente extraños, ajenos. De este modo es posible ahora una experiencia incluso profunda de lo social –también la familia

renace, justo como un grupo de mutua ayuda o protección mutua– sin trascender los duros límites del individualismo hipertrofiado. Y por lo mismo también sin comprometerlo.

Lo interesante, para mí, de la reflexión de Sennet en *Vida urbana e identidad personal*⁶ no es la literalidad de su propuesta. Sino el valor que tiene como imagen de las condiciones de una opción superadora. Lo que dice seguramente no puede ser –es utópico– y sin embargo tiene que ser dada la realidad actual; los límites y horizontes concretos en los que nos movemos. Si lo que dice no puede ser "literalmente", habrá que inventar modos que lo hagan posible y real. En el entretanto bueno es tener imágenes y no sólo abstracciones sobre las que pensar.

Más que describir o glosar un discurso que supongo conocido prefiero razonar en paralelo.

Tomemos como punto de partida un hecho sustantivo, concreto: la ciudad; el espacio urbano. El espacio urbano por excelencia es el espacio de todos los ciudadanos, nunca de una parte de ellos. Por tanto el lugar del encuentro de todas las heterogeneidades: culturales, étnicas, profesionales, de clase, generacionales... El arco social completo está presente allí; se roza, se huele, se mastica. El espacio urbano es el lugar de las interacciones, de los conflictos, de las agresiones, de las comunicaciones intersubjetivas e interculturales. Este espacio, urbano por excelencia ¿no dice también en qué consiste la excelencia de lo urbano? Cruce, mestizaje; también confrontación, contraste...

6. SENNET, R. *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona, 1980.

conjunto que "agrupa" heterogeneidades irreductibles.

La ordenación "normal" de la ciudad entra en contradicción frontal con esta circunstancia. Divide, segrega en "comunidades" cada vez más homogéneas, más moleculares y herméticas cada vez. La fractura social se ahonda y agudiza. Los conflictos cuando ocurren –que ocurren– son incomparablemente más violentos y feroces. Mayor distancia entonces, mayor hermetismo e incomunicación; por lo menos hasta que se den unas condiciones –económicas, culturales– que permitan la convivencia. Mientras, ascender o descender en la escala social –o cultural– comportará cambiar de enclave.

Es preciso construir una ciudad "anárquica". Que en vez de evitar, promueva la interacción, la haga inevitable. Hacer cotidianos los contactos y los conflictos es también disminuir su trascendencia y obligar a plantearse –cotidianamente– vías de acuerdo. De hecho y pese a lo drástico de las operaciones dispregadoras, la ciudad no ha perdido o no puede cambiar su naturaleza. Por ello las ideologías que promueven las "comunidades purificadas" ven la ciudad moderna como algo esencialmente aberrante, desintegrador. La vida en las metrópolis –Nueva York sobre todo– parece que depara la experiencia –también ilusoria– de lo universal. Como si todo lo que está ocurriendo en el mundo estuviera pasando allí y ante los ojos. Y como si nada de lo que no pasa allí tuviera relevancia.

¿Quién tendría hoy poder para comenzar a construir una ciudad anárquica? Pero suponiéndola posible, ¿produciría el efecto que pretende o sería contraproducente? Cada habitante de una ciudad medianamente extensa es un experto en supervivencia a la "contaminación social". Cuenta con mecanismos defensivos po-

tentes para sobrevivir a "casi" todas las agresiones, sean de la índole que sean. Leyendo a Sennet no podía dejar de pensar en los ciudadanos prensados en el metro. Naturalmente que el metro no es el lugar de todos los ciudadanos, pero sí de los suficientes como para que valga el ejemplo. No es posible concebir una proximidad mayor, una presión mayor de "los otros". Y allí están todos, o allí estamos todos, encapsulados en nuestras mismidades, estancos –salvo para algún codo o alguna mano solícita de nuestra cartera– abstraída la mirada, vacua, en un intento no del todo baldío de suspender la mayoría de las conexiones que nos unen al mundo. La ciudad anárquica, ahora ¿no se nos volvería una ciudad de astronautas, inmunes en sus trajes espaciales? ¿o por lo menos, una ciudad *metro-morta*? Y con todo, el pensamiento de Sennet sigue siendo impecable, inapelable. Si nos afirmamos cada vez más en nuestra unicidad, entre otras cosas para sobrevivir a los mecanismos de homogeneización que luego de deglutirnos nos vomitan como *masa*; si las propias comunidades resultan imprescindibles para contrarrestar el efecto laminador que sobre las culturas ejerce el universalismo científico-técnico; o si, con independencia de estas cuestiones, *queremos aferrarnos* no a lo que tenemos de común con los otros, sino a esa *brizna de diferencia* que nos hace diversos, únicos, individuos, la única salida que queda, el paso siguiente al ensimismamiento es la *conversación* con los otros, la confrontación y el contraste dialéctico entre heterogeneidades. Eso es lo único que puede generar ahora una "comunidad de todos", lo único que puede crear algo "común" que de ninguna manera preexiste. Y desde luego no como una meta que pudiera alcanzarse. *Convivir hoy es estar en la tarea de producir*

convivencia y en el riesgo –y el hecho– continuo de perderla.

Que podamos pensar estas cuestiones en términos –y con imágenes– de ciudad, a mí por lo menos me resulta *oxigenante*.

Mobilis in mobile

Pese a las limitaciones que como "muestras" tienen los proyectos de vivienda analizados por Monique Eleb-Vidal en las obras *Penser L'habité' Le logement en question* y *L'habitation en projets*,⁷ es difícil que el lector, no se sienta motivado a seguir preguntándose sobre el haz de cuestiones que aparecen sistematizadas allí y que no trate de avanzar en su interpretación.

Las notas que he escrito son reflexiones teóricas y apuntes de interpretación suscitados por este estímulo y pretenden abrir un poco más estos temas "tan largamente abiertos".

En las obras citadas aparecen propuestas (proyectos y extractos de memorias) para dos concursos de ideas convocados por el "Programme Architecture Nouvelle" organizado por el Plan Construction et Architecture en 1987 y 1989 y dirigidos a arquitectos jóvenes. Acogidos con escaso interés cuando fueron expuestos, en su ulterior divulgación cuenta de manera decisiva la fecundidad de los análisis de esta excelente investigadora y de su equipo. El tema de la *flexibilidad* va a merecer una especial atención y un tratamiento prolijo. Según Eleb-Vidal ello obedece a una indeterminación en la transformación

de los estilos de vida y a una dificultad para "enfocar las prácticas de clases sociales muy diversas": Enseguida se advierte que esta interpretación es insuficiente. Y que la flexibilidad puede incluso llegar a entenderse como un gozne sobre el que se hace girar el discurso arquitectónico de la vivienda –en particular el del movimiento moderno– y las tipologías hoy convencionales.

Comencemos por obviedades. La tipología de vivienda familiar que elabora el movimiento moderno, y en particular la de vivienda mínima (es decir el mayor "logro científico" del que se vanagloria la Bauhaus) es extremadamente *rígida*. Y lo es, en primer lugar, porque no contempla sino un *estadio* de la vida familiar: el de la infancia y la adolescencia de los hijos. El número de hijos adultos que en la actualidad permanecen en la vivienda de los padres –o que retornan a ella– y el *tiempo que permanecen* difícilmente podrían hacernos olvidar que deben ser contemplados *otros estadios*. Las tipologías rígidas que aún manejamos comienzan a ser tan disfuncionales como su ideología subyacente: la de una familia en la que los hijos nunca llegan a ser adultos plenos. También sería difícil olvidar ahora que la mayor expectativa de vida *produce* cada vez más ancianos adheridos de un modo u otro al núcleo familiar. Dependientes, pero también más celosos de la autonomía de sus vidas privadas.

Pero ¿por qué detenerse en estas cercanías? Mejor saltar limpiamente a la otra orilla, al otro confín. No pensar o proyectar *hacia* la flexibilidad sino *desde* lo flexible. La mayor parte de los candidatos prefieren proyectar viviendas para personas unidas por un acuerdo coyuntural de cohabitación, sin formalizaciones jurídicas de ninguna clase. El vínculo matrimonial, por lo menos, presupone la continuidad;

7. ELEB-VIDAL, M. y otros. *Penser l'habité. Le logement en question*. Bruselas, 1988 2.ª ed. y *La habitation en projets de la France a l'Europe*, 1988.

el acuerdo privado de cohabitación, asume la no continuidad.

En el mundo de ahora, los matrimonios tienen una biografía lo suficientemente azarosa como para que –a nivel de proyecto de vivienda– deba tenerse en cuenta su transitoriedad. Pero hacer vivienda para personas que, explícitamente, no quieren vincularse más allá de una *situación* de un *momento* de sus vidas, implica operar desde lo transitorio. La cantidad y complejidad de situaciones que puedan ocurrir y los ritmos de los cambios, ahora, desbordan cualquier estrategia de previsión. Proyectar para este *tipo* de habitante obliga a dotar a su vivienda de un máximo de adaptabilidad. Significa construir espacios superadaptables, hiperflexibles.

El paso siguiente para muchos de estos arquitectos –ya veremos qué camino toman otros– es el *loft*. Presentado, es lógico, como una propuesta de gran novedad. (Podrían haber añadido, como iniciativa subversiva, revolucionaria). A Monique Eleb no deja de sorprenderle esta atribución de novedad al *loft* ni la imprecisión con que lo definen o conciben. Sin embargo es muy lúcida a la hora de describir lo que se está buscando “en realidad”. “Los arquitectos en realidad usan ahora este término para indicar un gran espacio poco o nada subdividido, con destino y uso no mejor precisados”... “Se trata de cualquier modo de un espacio colectivo y polifuncional”... que “en estructura no difiere mucho del estar a doble altura o del estudio”..., versiones múltiples de un “gran espacio abierto y fluido” “particularmente apreciado”.⁸

Algo abierto y plástico, un receptáculo de innumerables posibilidades. Un espacio hiperadaptable, hiperflexible. Tal es el *loft* por definición. Incluso el hecho mismo de que sea una tipología tomada de otros universos –el mundo industrial o el artísti-

co– y luego “travestida”, actúa en favor de su radical indeterminación. El *loft* no prefigura ninguna vivienda concreta porque casi cualquier vivienda puede ser imaginada y construida en él. Y deconstruida luego, borrada, disuelta en la indeterminación y el vacío originarios.

Construir el *loft* es efectivamente una paradoja porque un *loft*, por definición, no puede construirse. Eso quiere decir que mientras se mantenga su naturaleza, mientras persista, durará la polivalencia que le es connatural, la indefinición, la indeterminación que es. Y esta posibilidad innumerable de ser atemperará nuestros gestos de ocupación o hará parecer eventuales las formas en las que intentemos coagularlo.

Se dice que el narcisismo es “la estructura de carácter” de una cultura emergente, y quizás la forma fundamental que adopta el individualismo hoy. Una centración obsesiva en el yo, que no cabe identificar con la autoafirmación ni con el egoísmo, sino que habría que atribuir a una suerte de espanto por la “pérdida de identidad” o la de desintegración del yo. He aludido a ello en la primera parte de este trabajo. La centración obsesiva en lo íntimo, en lo privado y el desarraigo de lo social, ocurren también en las relaciones interpersonales, en la relación del yo con el otro. Con independencia de cuál sea la causa y cuál el efecto, lo que resulta evidente es que estas dos patologías se interactúan.

8. ELEB-VIDAL, M. “Dopo L'existenz minimun”, pág. 37.

9. BEJAR, H. *op. cit.* p.p. 216-218. La autora sintetiza aquí las tesis de G. Lipovetsky en: *L'ère du vide (Essais sur l'individualisme contemporain)* y de R. J. Lifton, *Protean Man*.

Para lo que nos importa ahora, dentro de los rasgos que caracterizarían la personalidad narcicista se incluye la de ser *proteica*: “Cuando el espacio público entra en declive, el individuo ya no puede formar su identidad teniendo como referencia un mundo exterior durable. La vida no es una narrativa construida a partir de acontecimientos externos, sino más bien una sucesión de estados del ser. El ideal de la personalidad narcicista parte de una metáfora orgánica: el crecimiento se da en todas direcciones. El hombre proteico tiene un «yo» esencialmente lábil y fluido compuesto por «fragmentos de identidad» combinables y cambiantes de una situación –o de una relación– a otra. La personalidad es algo abierto y plástico, un receptáculo de innumerables posibilidades. Ello supone una visión de la naturaleza humana maleable hasta el infinito que suspende la idea de límite y acaba convirtiendo el «yo» en un «ensemble flou».⁹

“La identidad del hombre proteico obedece al imperativo del cambio continuo”. Ir de un lugar a otro, de un objeto a otro, de una actividad o experiencia a otras, *de una relación a otra* –esto es decisivo– sin centrarse en realidad en ninguna; sin entregarse o arraigarse en ninguna. No dependiente –quiere decirse independiente– de cada una de ellas pero pavorosamente dependiente del cambio mismo.

Espacios de la vivienda hiperadaptables, hiperflexibles. El *loft* como paradigma de la mayor apertura, fluidez y versatilidad. Nos han valido las mismas palabras para definir un ideal espacial, una vivienda ideal y un tipo específico de personalidad, la del hombre proteico. Algo abierto y plástico, un receptáculo de innumerables posibilidades. La flexibilidad ya no puede aparecernos como la mera respuesta a un mayor dinamismo, lógico, de la vida familiar o social. Es también el co-

rrrelato arquitectónico de una compulsión patológica, de un imperativo de cambio continuo que estaría en la estructura del carácter de una cultura naciente. Una cultura en la que su valor central, *la libertad*, ya no se entiende “como una activación –necesariamente selectiva– de los poderes de la voluntad para elegir lo que mejor convenga; es ahora una habilidad para *mantener abiertas todas las opciones disponibles y probar de todo*.”

En *Palabras alrededor de la casa* J.R. Moreno interpreta largamente los *lofts* de la Cooperativa Himmelblau. Una vivienda más allá del discurso estricto del *minimum* existencial y de los estrictos requerimientos –o exigencias– funcionalistas e higienistas. Que se quiere ajena al dispositivo de control social del “proyecto doméstico” como proyecto de *domesticación* de los cuerpos y las almas. “Por de pronto, por lo menos por un instante el espacio vacío, el sitio donde estuvo la cosa”... –¿la casa?... “que vivió el sacrificio”.¹⁰ Escritura que piensa el habla, arquitectura que delega verdaderamente en el usuario su determinación; que lo compromete y obliga a construir lo que le es más propio. Y que para empezar lo deja sin su “envoltura” y su “comodidad” en el espacio vacío, en el hueco donde estuvo “casa-estuche”.

Como en la Farmacia de Platón-Derrida, *loft* como remedio y veneno. *Loft* para activar la voluntad y comprometerla más en la elección y construcción de lo que mejor conviene y *loft* según el juego de suspender la voluntad y fluir sin compromiso de situación a situación, de relación a relación. Pero es evidente que la vivienda según el juego del continuo cambio puede pensarse en las antípodas del *loft*. *Todo construido* otra vez, diseñado y *consumado* por el arquitecto; una intervención si cabe más fuerte que la del “existenz minimum” y desde criterios también funcionalistas; y

todo lábil, plástico, maleable; según el momento o la situación. Muebles de innumerables rostros, muros que se transportan fantasmalmente, “tabiques, paredes, puertas e impostas corriéndose, deslizándose, rodando, pivotando, replegándose, superponiéndose para dividir el espacio, reunificarlo, dejar filtrar la luz, crear la fluidez o las chicanes”.¹¹ *Mobilis in mobile*, el sueño del capitán Nemo multiplicado. Alguno hasta llega a proyectar la casa sobre ruedas. Ya no un estuche, un guante para la soberana libertad de la mano. Nada nos fija a nada ni a nadie, nada es *duración*. Ninguna posición de la casa vale más que otra o serviría para identificarla mejor. Lo que *vale* es la posibilidad innumerable, la ilimitada ductilidad de todo.

Llevémosnos a una cuestión concreta que parece central para pensar la casa ahora. La necesidad de definir de otro modo los espacios rigurosamente privados –y la socialidad de esa privacidad– y los espacios del grupo. Lo que supondría la transición del punto de vista monocéntrico tradicional a uno policéntrico; o a un distinto equilibrio entre ambos. Parece –me parece al menos– que cualquier intento de organización estable –que los hay– cualquier prefiguración de límites precisos queda comprometida por la pulsión del cambio. Lo que importaría, también en este caso, es la libertad del sujeto para *desplegarse*, gradualmente –diente a diente de un hipotético engranaje espacial– o *replegarse*, también de modo gradual y diente a diente, hasta un último reducto invulnerable. De pronto todo desnudo y

10. BENJAMIN, W. “Habitar sin huellas”. en *Discursos Interrumpidos*, I. Madrid.

11. ELEB-VIDAL, M. *L'habitation en projects*, pág. 149.

abierto hasta la entraña –como se desnudan ahora y se registran, mutuamente, los cuerpos y las almas– de pronto un velo, o un muro, que me aísla del otro y me permite cerrarme como una ostra ante sus mismas barbas. El hambre de relación, de compañía, no parece hoy menos acuciante que la de aislamiento, de soledad. Es otra hambre sencillamente; tiene otro horario. La cantidad y el tipo de socialidad que preciso, o que soporto, cotidianamente y los espacios que podrían convertirlos son difíciles de predeterminar establemente. Mejor que nada limite la movilidad, aquí donde las situaciones pueden quemarnos más.

Toda esta libertad que se gana en el interior del apartamento –o de la vivienda– tiene todavía un límite: el de la unidad espacial que lo define. Un apartamento es, en efecto, un sistema organizado con fronteras precisas, una totalidad constituida por partes diferenciadas especialmente por mucho que se interactuen. Puede crecer o decrecer, hacer convencionales o provisorios los perfiles de las partes que integra. Pero aún seguiría siendo un espacio unitario, una totalidad espacial autónoma, un sistema.

¿Por qué no quebrantar esta última barrera? ¿por qué no deconstruir esta unidad?. Colonizar por ejemplo las cercanías con alojamientos “satélites”, verdaderas *islas espaciales* más o menos autónomas respecto al alojamiento “principal”. O plantear “pequeños colectivos”, *un archipiélago*, con islas para adolescentes, amigos, padres o simplemente con espacios de aislamiento, reposo o trabajo; quizás inmediatos pero también inequívocamente exentos, diversos. “En esta perspectiva la vivienda no es un todo constituido por partes enlazadas entre sí pero bien delimitadas espacialmente. Se ha dissociado constituyendo unidades diferenciadas es-

parcialmente que no forman un todo más que en la definición que le otorgan sus habitantes". La vivienda ya no es una unidad espacial sino "simbólica", "mental". La movilidad ha desbordado la última barrera.¹² No puedo evitar seguir teniendo presente todavía ese "yo" lábil, disociado él también en fragmentos de identidad combinables y cambiantes; o aquella maleabilidad infinita que suspende la idea de límite y acaba convirtiendo al yo ¿o a la vivienda? en un *emsemble flou*, en un conjunto débil, blando.

Cada vez me ha ido resultando más difícil entender que estas cuestiones sobre las que intento reflexionar puedan "aparcarse" en los límites del análisis de un concurso. Tampoco tengo datos para afirmar que describan lo que esté por venir o esté ocurriendo. Pero creo que lo por venir o el presente pueden, lícitamente, pensarse desde términos como éstos.

Me ha confortado recordar que sí es actualidad situarse críticamente ante las formas que ahora adopta el individualismo. Porque no podía sobreponerme a la impresión de que la vivienda y la casa iban perdiendo consistencia conforme las oía contar y se me hacían tan volátiles y frágiles como las *situaciones* a las que se referían. Y redundaba en mi mente y en mi imaginación la casa edificada sobre la roca, la casa-roca, hecha ella misma de cristalizaciones de duración, de sedimentos de generaciones. Una casa que se mantenga frente a mis pretensiones y que tenga a su vez pretensiones que mantener. Y no que me acompañe dócil, exacta y muda, como mi sombra.

Si nosotros pudiéramos encontrar también algo puro y durable, entre el río y la roca...

12. ELEB-VIDAL, M. *Penser l'habité*, pág. 100.